

LA POBLACION EGIPCIA SEGUN EL ULTIMO CENSO GENERAL.

EL último censo de la población egipcia, el de 1947, cuyos resultados se han publicado recientemente, muestran que Egipto sigue figurando entre los países del mundo cuyo número de habitantes es proporcionalmente el más elevado y crece con mayor regularidad y rapidez.

No es éste un hecho nuevo. De todo tiempo, Egipto, hijo del Nilo, ha sido conocido tanto por la fecundidad de su raza como por la de su suelo. En la Antigüedad, Estrabón le atribuía ya una población de nueve millones de almas. Pero las vicisitudes económicas y políticas redujeron considerablemente esa cifra en el transcurso de la Edad Media y en los tiempos modernos, y, con motivo de la expedición del General Bonaparte, en las postrimerías del siglo XVIII, los franceses cifraban en unos dos millones el número de egipcios. Antaño espléndida metrópoli del Mediterráneo, Alejandría, apenas contaba hacia 1798 con seis mil habitantes, que vivían en un inmenso campo de ruinas.

Desde esa época, la paz y la seguridad reinantes en el país, y asimismo el desarrollo económico, han permitido una rápida progresión de la población. Para ceñirnos solamente a los censos establecidos según métodos simplistas, aquélla ha pasado de 6.831.000 habitantes en 1882, a 9.714.000 en 1897, 11.287.000 en 1907, 12.751.000 en 1917, 14.218.000 en 1927, 15.921.000 en 1937 y 19.088.000 en 1947. Por tanto, la población se ha triplicado en sesenta y cinco años, y duplicado desde hace medio siglo.

Si se analizan con detalle las cifras proporcionadas por el censo, se observa, ante todo, que una sexta parte de esta población, o sean 3.434.000 habitantes, viven en la capital o en los grandes centros del Norte, llamados «gubernoratos». El Cairo, Alejandría y las ciu-

dades de la zona del Canal, Port Said y Suez, se han desarrollado considerablemente en la década 1937-1947. El Cairo ha pasado de 1.312.000 habitantes a 2.100.000, aumentando así de 788.000 almas en diez años. Alejandría, por el contrario, sólo contaba en 1947 con 230.000 habitantes más que en 1937, o sea con 925.000. Sería interesante conocer las últimas cifras relativas a los «markez» o distritos vecinos, el de Kafr el Dawar en particular, que forma parte de los grandes suburbios alejandrinos y que se ha industrializado antes y durante la guerra. En fin, Suez ha visto más que duplicarse el número de sus habitantes, que era de 49.700 en 1937, y ha pasado a 108.250 en 1947.

Pero el resto de la población vive, entre Assuan y el Mar Mediterráneo, en el estrecho valle del Nilo y en el Delta. Aparte de los «gobernaratos» ya citados, y de Tanta, Mehala el Kubra y Asiut, las grandes ciudades escasean en esta región, cuya principal riqueza es la agricultura, y cuya superficie útil puede ser evaluada en unos 33.000 kilómetros cuadrados, de los cuales 12.000 corresponden al valle del Nilo y 21.000 al Bajo Egipto. Los inmensos desiertos que comprimen ambas orillas del valle del gran río, y que se extienden sobre más de un millón de kilómetros cuadrados, sólo estaban habitados en 1947 por 220.000 personas, campesinos sedentarios de los oasis o beduinos que prosiguen bajo los efectos de una larga costumbre una existencia nómada, que se torna cada vez más difícil y precaria en razón de los progresos de los medios de transporte. Es, pues, sobre una superficie comparable a la de Bélgica donde viven hoy unas diecinueve millones de egipcios. La densidad de esta población es inferior a 19 si se la calcula según la superficie oficial del Estado; pero se eleva a 575 si, como resulta más normal, se establece teniendo solamente en cuenta la zona cultivada y habitada, es decir, la que pertenece al dominio creado por el generoso Nilo. Y aun poniendo aparte los habitantes de las grandes ciudades del Norte, la densidad sigue siendo de 468.

Esta cifra es enorme si se piensa que se trata de una región esencialmente agrícola. En el campo egipcio es imposible experimentar la impresión de soledad que a veces se siente en el campo de Europa, incluso en las regiones más pobladas. A lo largo de las carreteras, grupos de obreros agrícolas se dirigen cantando hacia su trabajo; niños corretean detrás de sus burritos; largas filas de mujeres circulan entre el pueblo y el canal, adonde van a buscar su provisión de

agua. Cruzad un pueblo, y la impresión de extraordinaria población se torna aún más potente: centenares de niños que juegan o se pelean, mujeres entregadas a sus labores, hombres momentáneamente ociosos, que se reúnen debajo de los sicómoros para soñar o jugar al tric-trac, o bien para escuchar alguna divertida historia... Toda esta gente se interesa por el extranjero que pasa, y, según su humor, su edad o su dignidad, le llama familiarmente para preocuparse de sus necesidades y brindarle una acogedora hospitalidad, o bien lo persigue en las callejuelas con una curiosidad nacida de un buen natural. Esta curiosidad tiene, por lo menos, la ventaja de poner de manifiesto la fecundidad de la raza e ilustrar, por decirlo así, respecto a la abundancia de la población. Cuando al salir de un pueblecito se ve uno rodeado de una pandilla de cien chiquillos, a un tiempo tímidos y burlones, se tiene la impresión de abandonar un verdadero hormiguero. Esta impresión, el viajero occidental la conserva en todo el país. Sin embargo, ésta ofrece graduaciones, como en lo que respecta a la fertilidad del suelo. La población brinda desigualdades que se observan al pasar de una a otra región, pero que sólo la estadística permite precisar. Es así como en el Bajo Nilo, donde la densidad es de 380, la provincia de Merrufiah cuenta con 708 habitantes por kilómetro cuadrado; pero esta densidad desciende hasta aproximadamente 200 en ciertos distritos situados a orillas del desierto o de los lagos que se extienden a lo largo del Mediterráneo. En el Alto Egipto, donde la densidad de la población es de 584 habitantes por kilómetro cuadrado, los contrastes son aún más notables entre las provincias superpobladas, como la de Asiut, por ejemplo (657), y otras en parte desérticas, como la de Assuan (305), donde la población ha disminuído de 20.000 almas entre 1937 y 1947. Lo mismo que el Delta del Ganges y el del Tonkín, el de Egipto puede ser considerado como uno de los centros agrícolas más poblados del globo, uno de esos lugares donde la raza humana parece rivalizar con la tierra en fecundidad. No obstante, no se puede decir que Egipto esté superpoblado por ahora: en el Bajo Egipto, en particular, el cultivo de las zonas roturadas desde hace tiempo no ha alcanzado, ni con mucho, el término de su progreso; por otra parte, amplias regiones, actualmente estériles por ser demasiado húmedas o demasiado secas o cubiertas de sal, serán progresivamente puestas en valor. Agreguemos que la industria se desarrolla por doquier en el país, en particular en El Cairo y en Alejandría; en fin, no es impo-

sible que ciertas regiones del desierto se conviertan en sede de una importante producción minera. En realidad, por el momento, la mano de obra agrícola sigue siendo a veces insuficiente, y las grandes sociedades agrícolas que emprenden la ardua tarea de roturar las tierras sin cultivar tropiezan con dificultades para reclutar los arrendatarios que son indispensables, y ello a pesar de las serias ventajas que les ofrecen. En cuanto a los obreros agrícolas, que son «alquidós» por un período generalmente bastante corto, los propietarios establecidos en el Delta se ven a veces obligados a traerlos del Alto Egipto, es decir, desde seiscientos o setecientos kilómetros. El crecimiento constante y rápido de la población aún no constituye una fuente de serias preocupaciones para los hombres de Estado egipcios. El Nilo, admirable «Padre de Egipto», es capaz de sustentar algunos millones de habitantes más. Y cuando se plantee el problema de manera más aguda, el país, al parecer, habrá hallado de nuevo una salida para su exceso de mano de obra en su prolongación natural hacia el Sur, el Sudán, egipcio desde hace más de un siglo, desde la época de Mohammed Alí el Grande.

MANŞUR.